

*La máquina fabuladora:*

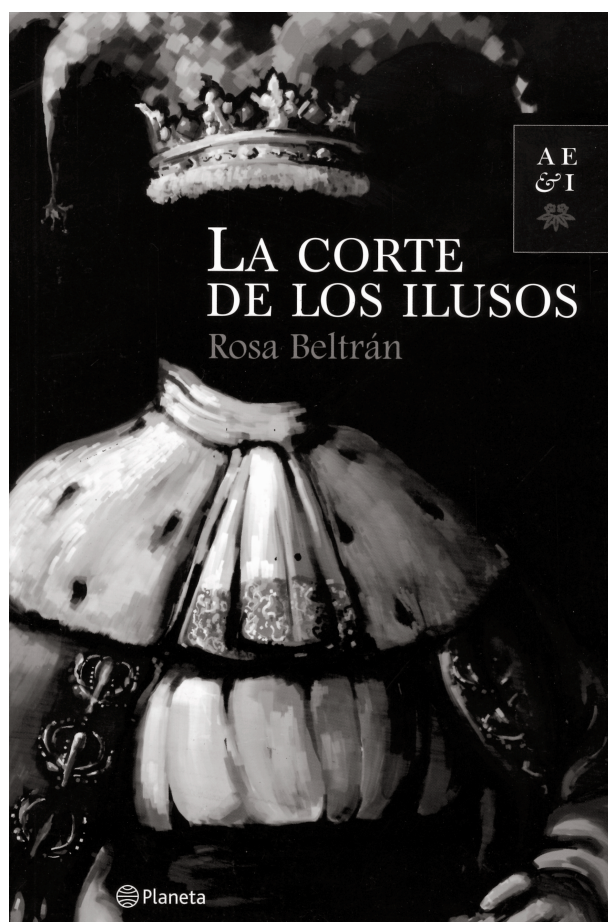
# La historia detrás de la ficción

Rosa Beltrán

Where are you from? La pregunta, repetida en cualquier situación y a toda hora, puede ser desquiciante. No si vienes de Europa, de Europa Occidental, se entiende. Pero si llegas a Estados Unidos de un país del “Tercer Mundo” se vuelve una pregunta retórica para la cual sólo hay un tipo de reacción posible. Era 1988, acababa de llegar a Estados Unidos a estudiar literatura comparada con una beca Fulbright y entonces parecía no haber otra salida. Cada vez que me preguntaban “de dónde eres” y yo respondía, hacía surgir en el otro una gama de prejuicios sobre lo que es ser mexicano seguida, por mi parte, de una interminable defensa. De inmediato, mi interlocutor fruncía el ceño, decepcionado porque contradecía su idea de la mexicanidad y me desdibujaba. A sus ojos, me volvía un virus mutante, algo peligroso de lo que hay que huir cuanto antes. Peor aún si empezábamos con el tema de las definiciones. Qué es una buena mujer, qué es una mala mujer, además de una planta que irrita la piel, en México. Una buena mujer en la literatura del XIX es la que muere de amor, la que sufre, la virgen que está parada en su media luna. En el cine mexicano es la que todavía no sale en pantalla y ya está sufriendo. Una mala mujer es la que se acuesta con quien quiere. La Revolución Mexicana, desde el lado masculino, es una gesta noble porque fue hecha por héroes y desde el lado femenino es moralmente lamentable pues fue hecha por malas mujeres, o sea por soldaderas. ¿Y un hombre? Es obvio que cuando digo “un hombre público” piensas en algo muy distinto que cuando digo “una mujer pública”.

De mis sorpresas más grandes, al llegar a Estados Unidos, fue *oír* lo que yo era o lo que debía ser por ser mexicana, por ser mujer, por ser cualquier cosa en la que uno se convierte al cruzar una frontera y ser vista por los otros. Y fue saber, sobre todo, que yo no era yo, sino que yo era y siempre sería “otra”. De dónde eres. Esa pregunta encierra el origen del crimen. Descubrir el cuerpo, el arma homicida, los móviles y las pistas me condujo a un lugar donde no había pensado situarme antes y donde habitaba la siguiente pregunta: ¿cuántos serán los yoes que me habitan?

Escribí mi primera novela, *La corte de los ilusos*, partiendo de la idea de que ser mexicano es tener que justificarse siempre. La novela es una saga irónica de nuestra supuesta independencia de España, en 1821, en la que no se nos ocurrió mejor idea, para ser libres, que fundar un imperio a imagen y semejanza del imperio europeo del que nos separábamos. Tuvimos un emperador que vistió el traje napoleónico y una clase social, la nobleza mexicana, que se dedicó a comprar títulos expedidos por el flamante imperio. Claro que no era esto lo que decían los libros. No es que dijeran tanto, tampoco. Porque sólo hablaban de un jinete que entró a la Ciudad de México en septiembre de 1821 seguido del Ejército Trigarante cuyas garantías se pusieron en tela de juicio en el minuto en que se ciñó el cetro y la corona en plena Catedral. “Yo no quería, me obligaron”. Esto es lo que entre líneas se leía que dijo Iturbide después. Un hombre público pasa a la Historia a través de un gesto, una frase, como si hubiera llevado a cabo un



solo acto en su vida. Yo elegí un personaje cuyo acto es el símbolo de la grandeza y el oprobio a un tiempo: ceñirse una corona. Por ello, el gran libro de la Historia trata a Iturbide como una no-persona. ¿Por qué si el héroe lograba ingresar al Gran Libro de la Posteridad justo a tiempo la historia se escribía de otra forma? Yo me pregunté cómo podía conciliar las dos versiones, el héroe y el traidor en una sola. ¿Desde dónde podía atrapar al héroe y desestabilizarlo sin anular ninguna de sus acciones, haciéndolas verosímiles aunque fueran contradictorias? Ver a Jekyll y a Mr. Hyde, a los dos o más que somos todo el tiempo. Hay algo de grandioso y ridículo en el juego que se da entre el poder y el azar. Y alguien debe estar observándolo. Lo que hice en esa novela fue subvertir los planos y cambiar el punto de vista. Poner al hombre público en el ámbito de la vida doméstica y acercar los reflectores a las mujeres, ese grupo que siempre hace de “extra” en la película de la Historia. La mujer pública lo fue en un sentido distinto y el hombre público, sujeto a leyes patriarcales, tuvo que vérselas de otro modo con la Historia. Nuestra definición, como país, era la historia de las pretensiones de una clase. La clase media mexicana que siempre está inventándose un origen distinto, porque a nadie le gusta decir que viene de una violación, como dice Octavio Paz que venimos.

Por eso, comencé con la pretensión y eso me dio el tono. Cuando uno tiene el tono y el ritmo tiene casi toda la novela aunque no sepa casi nada de ella porque

gracias a la voz son los personajes los que empiezan a hablar a través de una mano mediúmnica. Comencé con la pretensión, ¿y quién puede tener más ínfulas que una costurera francesa recién llegada al Tercer Mundo? ¿Alguien de ustedes ha tenido que vérselas con una costurera francesa que no ha visto en su vida a Napoleón pero viene del imperio napoleónico? Un médico dice saber más de tu cuerpo que lo que sabes tú mismo: Señora, va usted a sentir una ligera molestia. ¡Pero si lo que siento es un dolor terrible! No, señora, lo que siente es una ligera molestia, es que no conoce su cuerpo. Bueno, señor doctor, pues gracias por presentármelo. Pues una costurera francesa es mucho peor. Es el equivalente del médico, salvo que aquél te “mejora” el cuerpo por dentro y la otra por fuera, por ese lugar donde eres más visible y por tanto más vulnerable cuando eres un emperador.

Desde la primera vez que habló con doña Josefa Arám-buru de Iturbide, Madame quiso dejar muy claro que no tenía intenciones de quedarse a vivir en México para siempre. Se trataba de una ciudad de la que no podía uno fiarse. Las calles cambiaban de nombre a su arbitrio, la gente no sabía comportarse y poco tenía que hacer una modista francesa en tierra de caníbales. Había tenido buen cuidado de no hablar de las verdaderas causas que la hicieron salir de Francia, metida en un barco carguero por casi ochenta y tres días, bebiendo incontables tisanas para el mareo y dándose baños de alcanfor. Pero el que no tuviera a qué regresar a la patria de sus antepasados no impedía que hablara de ella como del más bello ideal y que sintiera a la nueva tierra como una pesadilla impuesta a su sueño y empeñada en recargarse en él.

Antes de ser contratada, se sintió en la obligación de decir:

—Madame, Monsieur: no tengo ninguna preferencia por quedarme aquí.

La insolencia del tono bastó para que la modista fuera contratada de inmediato. La mujer de don Joaquín la aceptó al instante, convencida de que la altanería y el acento francés eran síntoma inequívoco de superioridad y experiencia.

¿De dónde eres? Cómo explicar que uno no es narco-trafficante, que teme y se avergüenza de vivir en un país donde la moneda de cambio es la corrupción y la pobreza extrema, donde uno no tiene el gobierno que se merece, e insinuarlo es un acto inmoral, perverso; donde el paisaje duele, duele la tierra seca y las casas inundadas y en las ciudades duelen los muros de las calles tachonados de *graffiti* y las varillas saliendo de los techos como manos abiertas cuyos dedos pidieran auxilio al dios de las urbanizaciones; duele el cambio de significado en la toponimia, que ya no evoca el paisaje de los corridos de la Revolución; Michoacán, Juárez, Mazatlán, cómo decir:

yo soy esto, ese gentío, me siento parte de él aunque quiera pintar mi raya, mi diferencia, y no tenga nada que ver con ese señor secretario que dijo que debíamos tomar el ejemplo del narco porque ellos sí están organizados y nosotros somos un caos, porque ellos sí aspiran a tener empresas de éxito y nosotros vamos al fracaso.

Nadie en mi país descende de un colchonero, un traficante de armas del siglo XVIII o un ex convicto, quién más quién menos, el más humilde peón descende del emperador Moctezuma o, ya puestos frente al paredón, de Pancho Villa, que al fin tuvo tantos hijos. La pretensión era mi respuesta a la insidiosa pregunta *Where are you from?*, una pregunta que exige una respuesta aspiracional, obviamente.

*Where am I from?* Nosotros descendíamos de un imperio.

Pero de un imperio muy peculiar. Iturbide permaneció en el trono once meses y en su matrimonio tuvo diez hijos, al primero y al último les puso el nombre de Agustín, es decir, el suyo. ¿Qué puedes hacer con este innegable absurdo? Puedes entrar en los archivos, analizar el lenguaje con que se firmaban edictos, se emitían manuales de conducta, se escribían sermones, se imprimían avisos, se repetían máximas y se escribían tratados de comportamiento en sociedad, como éste, que perteneció a un manual de conducta de la época:

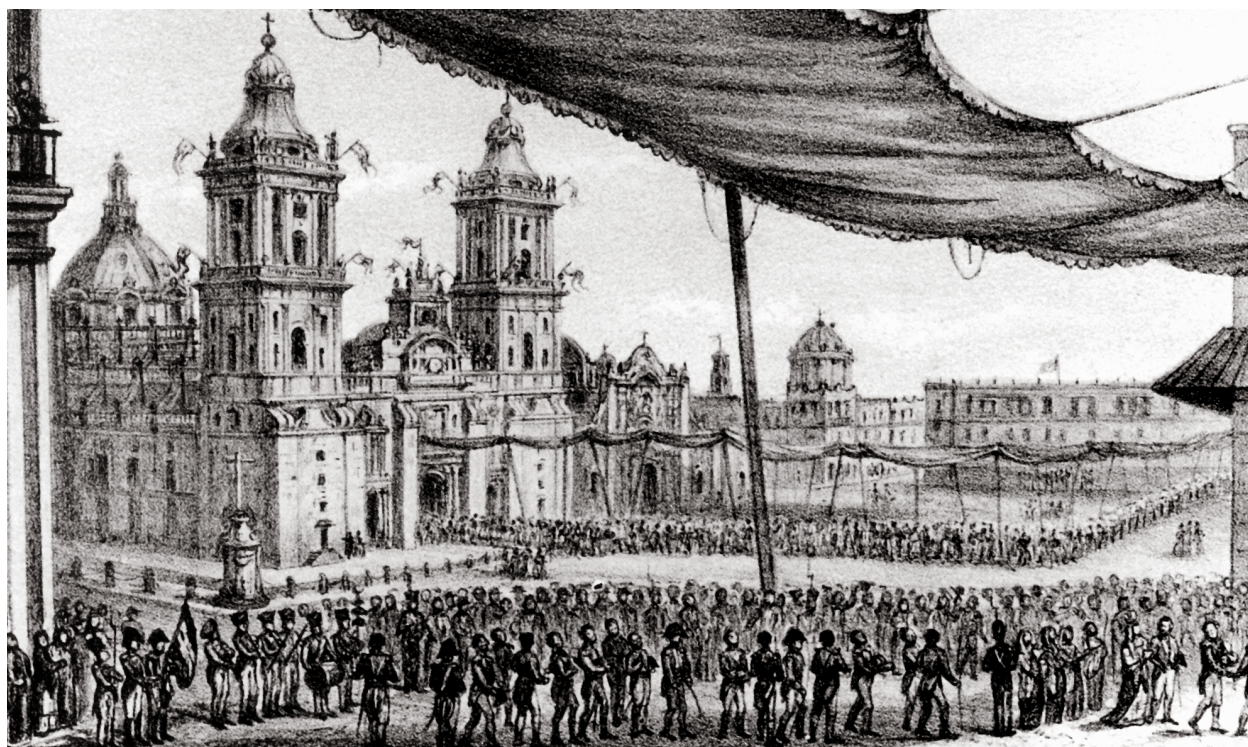
Después de Dios no hay obligación más estrecha que la que tenemos a nuestra patria, a nuestros gobernantes y a nuestros padres. Debemos tener por ellos un amor sincero, un agradecimiento eterno y una absoluta sumisión. Asimismo debemos ejecutar pronta y alegremente lo que ellos nos manden, abstenernos de toda actividad o palabra que pue-

da ofenderlos y aun sufrir con gusto los castigos que nos impongan para corregir nuestros vicios y defectos.

Y ahora, Rosa, narra todos los traspies del Emperador empezando por el primero, que es cambiar la ruta de la procesión en su coronación porque como buen mexicano agradecido decidió pasar frente a la casa de la Güera Rodríguez donde en efecto según consta en documentos acudía a algo más que a hacer política. Y después citar las Máximas morales dedicadas al bello sexo, escritas por un ciudadano militar que el propio Agustín, siendo militar, citaba:

Hermosa joven, que conservas todavía ilesa tu reputación: no te desprendas jamás de este bien incomparable. El honor es como una isla escarpada y sin costa, donde no es posible reentrar una vez que se ha salido. Empapa tu entendimiento de este axioma: la pureza y el honor son para el alma lo que la salud es para el cuerpo. Si concedes a tu amado lo que desea fuera de los límites de la ley él cesará de amarte: el amor de los hombres vive con la esperanza y muere con la posesión.

Pero ahora añade, después de la procesión: no siempre. Cuando vayas a escribir *La corte de los ilusos*, tienes varias opciones: puedes eludir, parodiar, citar en latín, cambiar las piezas del *puzzle* de la historia sin cambiar un solo dato, puedes hablar con Guillermo Tovar y de Teresa a quien nunca dejarás de agradecerle tu entrada a los archivos sobre la vida cotidiana, los manuales de danza, los papeles sueltos y el catecismo del padre Ripalda y Aztete que a nadie interesaban por entonces, puedes narrar lo improbable, lo absurdo y



S. Hernández, H. Iriarte, *Coronación de Iturbide*

lo contradictorio, normalizándolo y haciéndolo parecer lo más lógico.

Y ya avanzada en esto, bien podrías preguntarte si los sueños, los complejos, las alucinaciones y los fantasmas de la imaginación no son parte de la historia. Podrías reparar en que la historia se narra desde el éxito o el fracaso pero también desde el miedo, el prejuicio, la sinrazón y la duda. Puedes, por último, escribir una novela que inaugure un debate sobre el dogma histórico, las ideas unidimensionales, los límites entre la alta cultura y la cultura popular, la memoria de los anales y la de los recetarios de cocina, las sesiones de baile y las décimas.

Cuando la novela llegó a su séptima edición, me invitaron a un programa de radio donde convocaron a un cura, un historiador, un militar y a mí, la autora. Se armó una polémica que dio como resultado el mayor *rating* del programa en su historia. El tema del programa era: “*La corte de los ilusos* ¿es o no es novela histórica?”. El cura afirmó que todo lo que aparecía en la novela era verdad: las virtudes teologales, los pecados capitales, las advertencias y máximas a la mujer, las recomendaciones del padre Ripalda. Añadió que era una lástima que ya no se aplicara esto al pie de la letra, que habíamos perdido los valores y el rumbo del país pero que si leyéramos obras como *La corte de los ilusos*, los recuperaríamos. Por tanto, declaró que sí era novela histórica. El militar se agitaba, inquieto, molesto, y al llegar su turno tomó el micrófono y dijo, enfurecido: Iturbide no es el padre de la Independencia, que quede claro. El padre

de la Independencia es el padre Hidalgo. Hasta ese momento pude darme cuenta de que estaba sentada entre una infinidad de padres. ¿Es o no es novela histórica?, preguntó el conductor del programa. La respuesta del militar fue perentoria: si el lector decide al terminarla que Iturbide no fue el padre de la patria, es histórica. Si no, no. Lo peor vino cuando llegó el turno del historiador. Desmenuzó cada capítulo con obsesión de relojero, desarmó lo que con tanto trabajo armé yo de forma distinta, cambió el punto de vista, el tono, resolvió las contradicciones que dejé *ex profeso*, envió a las mujeres a donde pertenecen y una vez hecho esto, dijo: por haber revuelto lo que estaba ordenado no es novela histórica. La audiencia hablaba para decir que la había leído y algunos hasta se atrevieron a decir que con gusto. Pero eran sólo lectores. Recuerdo la conclusión del conductor. Muy bien, Rosa Beltrán, hemos disfrutado mucho tu novela, pero para la próxima vez recuerda: las manzanas con las manzanas y las peras con las peras.

Me intriga que siendo lo que hemos sido algunos historiadores y no pocos escritores se manifiesten a favor de escribir con frac; de mantener una actitud solemne y hierática ante lo más desopilante, desasosegado, multiforme y caricaturesco: una forma de maquillar la historia que oculta los hechos por la simple costumbre de vestirlos con traje de noche, y una manera, sobre todo, de poner camisa de fuerza a la imaginación que en última instancia, es lo que nos constituye y lo que tendríamos que conmemorar, hoy y siempre.



José Ignacio Paz, *Alegoría de la coronación de Agustín de Iturbide*, 1822